79.

ANTONIO JIMÉNEZ LORA

LAS QUE ESPERAN

COMEDIA

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1913

LAS QUE ESPERAN

LAS QUE ESPERAN

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO JIMÉNEZ LORA

Estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA de Madrid,
el día 26 de Octubre de 1913



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1913

A LA EMINENTE ACTRIZ

Rosario Pino

A usted, que espontáneamente, con simpatia acogió esta mi primera obra teatral, debo eterna gratitud.

Hago ésta también extensiva al empresario don Guillermo Da Rosa y á los artistas de su compañia, que con cariño, poniendo en ella su fino arte, supieron interpretarla primorosamente.

A usted y á ellos les queda reconocido

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
FUENSANTA..................	SRTA.	ROBLES (Concepción).
MERCEDES....................		GOROSTEGUI.
DOÑA GENOVEVA...........	SRA.	GARZÓN.
ADELINA......................	SRTA.	ROBLES (Adriana).
ANDREA.......................		PAZOS (María).
RICARDO......................	SR.	VALENTÍ.
DON ACISCLO................		RIVAS.
CARRASQUILLA.............		MORENO.

La acción de esta comedia en una capital de provincia.
Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO UNICO

Gabinete algo lujoso; puerta al foro y dos laterales á la derecha; á la izquierda, en primer término, una ventana.

ESCENA PRIMERA

MERCEDES, sola

De pie, delante de la reja simula que habla con alguien que está en la calle. Viste traje de baile, como dispuesta á salir. Entre frase y frase la actriz debe hacer una ligera pausa para marcar el diálogo que se simula.

—Mamá está acabándose de vestir.—Esperamos el coche.—Muchas gracias, pero si nos ven en tu auto, tendrían que oir las de Andrade y Purita López. Sobre todo Purita López.—No te creo. Entre ustedes hubo algo.—Bueno... amistad, pero demasiado íntima.—Ya conoces su carácter. Se empeña en no salir. Dice que le aburren los bailes del Casino.—Desde luego, el primero.—Mamá estará ya lista.—Hasta luego, feucho.

ESCENA II

DICHOS, DOÑA GENOVEVA, MERCEDES y FUENSANTA

Doña Genoveva por una de las puertas laterales, seguida de Fuensanta. Mercedes cierra la ventana

GEN. ¿No te ha dicho nada?

MERC. Nada, mamá.

GEN. Es extraño. Yo espero que esta noche se decida á hablarme. Anoche en la buñolada se insinuó mucho.

FUEN. Pero no suelta prenda. Cuando yo digo que ese fatuo se quiere burlar de vosotras...

GEN. Con tu carácter, Fuensanta, te vas á quedar para vestir imágenes. ¡También es manía la tuya, ese retraimiento, el no querer venir esta noche al baile, cuando sabes que Juanito Pajares está decidido! Es un partido ventajoso para ti. ¡Un muchacho con cinco mil duros de renta!

MERC. ¡Y en estos tiempos, mamá! ¿Le hago yo ascos al mío? Y eso que cuentan de él horrores.

FUEN. ¿Acaso soy yo tonta para no comprender que el tal Pajares solo quiere pasar el tiempo conmigo? ¡Que se divierta con otra! ¡Bueno se pondría el prestamista de su padre, ese bandido disfrazado de hombre político diputado y todo, si se entera que su hijo está en relaciones con una de sus víctimas! ¿Porque supongo, mamá, que no habrás olvidado aquel préstamo á cuenta de alhajas? Perdimos el collar de perlas de la abuela y las sortijas que pasaron á poder de ese señor, para que ahora las luzca ante nosotras la cursilona de su hija. Solo por eso me es odioso el hijo y toda esa familia.

GEN. Eres desagradable, insufrible. Nosotras no podemos tener esas delicadezas. Hay que transigir. Vuestro porvenir está sólo en casaros con muchachos ricos. Hemos nacido en una esfera elevada y no podemos descender. Hay que salir, aparentar buena posi-

ción, hacerse necesarias en todas partes. Tenéis belleza, pertenecemos á una familia ilustre, y todos esos ricos improvisados que tú desprecias, se honrarán en emparentar con nosotras. ¡Las hijas de un Maestrante de Sevilla, de un gobernador! Los pergaminos nos sobran y á ellos les faltan. Somos de sangre azul.

MERC. Más ilustres que las de Ronda, ~~los «microbios aristocráticos» como las llaman en todas partes~~, esas niñas que cuando rezan el rosario y dicen «Santa María...» le añaden de su cuenta «prima mía.»

FUEN. ¡Muy nobles toda nuestra familia! Pero nosotras somos unas pobrecitas que apenas si tenemos para el gasto diario, y sin embargo para ir á un baile nos gastamos, mejor dicho se gastan ustedes, un dineral en ropa, y para tomar un coche, como esta noche, hay que empeñar los cubiertos de plata.

GEN. (Enfadada.) Eres imposible, antipática. No quiero oirte. ¡Andrea! ¡Andrea! (Llamando.) Los abrigos. ¿Está esperando el coche? (Sale por el foro izquierda.)

ESCENA III

FUENSANTA y MERCEDES

FUEN. Desengáñate, Mercedes, todos esos no quieren más que burlarse de nosotras. Mucho jarabe de pico y á ver lo que se *pescan*. De casorios, ni una palabra.

MERC. De modo, ¿que tú crees?

FUEN. Que ni Pajares ni Rubiales piensan en hacernos el amor seriamente y menos aun en casarse con nosotras.

MERC. ¿Qué debo hacer? Si le desprecio, si me muestro indiferente, mamá se va á poner hecha una fiera.

FUEN. Lo que hace mamá, con la mejor intención del mundo, es ponernos en ridículo.

MERC. No exageres.

FUEN. Y sobre todo, voy notando ciertas cosas, detalles en las gentes, que nos acogen con ges-

to burlón y que parece que se rien de nosotras ó que nos miran con lástima como á unas pobres ridículas. Y mamá á todo esto ciega y sorda.

MERC. Sí, lo de siempre. Las amiguitas que no pueden sufrir el que nos atiendan en todas partes, el que figuremos en primera fila Pepita Andújar pasó anoche la gran rabieta cuando me vió en el palco con la gobernadora. Créelo, Fuensanta, son muy envidiosas y no se satisfacen hasta vernos humilladas, metidas en un rincón Y por eso, precisamente, debemos salir, ir á todas partes.. Lo que más les molesta es que á nuestra mesa en los tés de la marquesa acuden todos los muchachos, y la de Andújar y las de Roelas están siempre solas y apenas si bailan un rigodón.

FUEN. Debo estar equivocada. Serán genialidades mías, rarezas de solterona como tú dices algunas veces, pero, lo confieso, no me agrada la vida que hacemos, creo que nos salimos de nuestros moldes, de nuestra esfera que, aunque elevada, no podemos sostenernos en ella dignamente y hay que dejar á las otras que triunfen ¡pobres triunfos! que no le valen más que para tomar té en cualquier casa aristocrática, bailar cotillones y ponerse en ridículo con esa manía de *pescar* un novio á toda costa. No saben lo que es el cariño desinteresado, leal, y no les importa unirse para siempre, con uno de esos hombres que no las comprenden y que se casan con ellas por capricho, en la misma forma que podrían adquirir una jaca ó comprar un automóvil.

MERC. Nada, estás inspiradísima. Continúa, continúa. ¡Qué elocuencia la tuya esta noche!

FUEN. Puedes, si quieres, tomarlo á broma. Pero son verdades, por desgracia tristes, demasiado ciertas. Porque el porvenir es ese; vivir siempre junto al marido egoísta, lucir en las fiestas y bailes trajes de terciopelo, no oir hablar más que de negocios y cosechas, y por las tardes visitar en coche los cortijos ó las fincas de campo. No, no debemos sacri-

ficarnos, obligarnos á uno de esos hombres fríos, sin alma, y que por lo mismo que somos pobres nos menosprecie, nos humille y nos considere como esclavas siempre.

MERC. Bien, me parece muy bien, Fuensanta. Déjate de discursos y de sermones. Yo no entiendo nada de eso. Esta noche estoy muy alegre y voy dispuesta á bailar mucho, y de paso á ver si intereso á uno de esos egoistas ricos, con fincas de campo, para visitarlas por las tardes en carruaje, ó mejor en auto, y para darme el gusto de lucir en bailes y en fiestas mis trajes magníficos de seda ó terciopelo. Nada de romanticismos. Eso se queda para ti, aficionada á recitar versos y á leer novelas. Y, sobre todo, el poder humillar á mucha gente estúpida que ahora nos mira con orgullo. (Pausa breve.) Te dejo... Supongo que ahora cogerás una de esas novelas ó dramas y sin levantar cabeza te estarás toda la noche hasta ver en lo que queda la escena del trovador y la princesa Blanca, cuando llegó el infante de Castilla. Yo prefiero á todo eso el secreto que me ha ofrecido confiarme esta noche Pepe Rubiales. ¡Quién sabe si será lo que yo me figuro! Mucha coquetería con algún otro, un poco de desdén hacia él, y cae, vaya si cae... Adiós, y que no sueñes con el trovador gentil de la novelita. (Hace mutis por el foro izquierda.)

ESCENA IV

FUENSANTA, sola

Después de todo, ¡quién sabe si tendrá razón! ¡Sueña, y es feliz! ¡Lo peor es cuando vemos la realidad tan cerca y tan triste! Ella es como todas. Las envidio. ¡Se contentan con tan poco! Toda su ilusión consiste en oir galanterías insulsas y en charlar con esos muchachos de ahora, que ni aun siquiera tienen el buen gusto de ser amenos en sus conservaciones. En la última reunión

del Casino bailé yo un rigodón con uno de ellos, y ¡vaya una conversación! ¡Era agradabilísima! «¡Qué animado está esto! ¿Ha visto usted qué tiempo más hermoso? ¡Esta tarde daba gusto pasear!» Y así por el estilo, mientras duró el baile. Y yo entre tanto callada, hasta que ya por fatiga, por cambiar de tema le pregunté que estudiaba, y aquello fué el acabóse. Empezó á charlar y me «colocó» todo un curso completo de Derecho. Las Pandectas, Justiniano... hasta definiciones en latín y todo. ¡Un horror! Y ménos mal que no le dió por hacer «colmos» como á otros. Pues, sin embargo, ellas ¡tan contentas!... Se aburren y lo disimulan ó se hacen la ilusión que se divierten. ¿Y para eso tiene una que vestirse y arreglarse y estar fingiendo toda la noche? Prefiero á los bailes del Casino los folletines de Ponson du Terrail ó la Invernizzio. En las tonterías que dicen se parecen mucho á los muchachos que alternan, pero por lo menos distraen algo más que algunas familias conocidas. (Pausa.) Pero ¿qué hacen mamá y Mercedes? De fijo que se han ido así, secamente, sin despedirse. (Se dirige hacia el foro en el que aparecen doña Genoveva, don Acisclo y Mercedes.)

ESCENA V

DICHOS, DOÑA GENOVEVA, MERCEDES, ANDREA y DON ACISCLO

GEN. Pase usted, don Acisclo. Aquí la tiene. A ver si usted la convence de esas manías, de ese retraimiento.

ACIS. ¿Qué quiere usted que yo le haga? Es un caso raro. Todas las muchachas se desviven por los bailes, y á ésta por el contrario le aburren, ¿verdad, Fuensanta?

FUEN. Sí, pero delante de mamá y Mercedes no se puede decir eso. En seguida salen con lo del romanticismo y las novelas.

AND. (Por el foro derecha.) Señora, el coche acaba de llegar.

GEN. No tengo tiempo de oir necedades. ¿Se queda usted, don Acisclo? Mercedes, vamos.

ACIS. Le haré un rato de compañía á Fuensanta y después daré una vuelta por el salón. A mí los bailes del Casino me rejuvenecen, me recuerdan mis años floridos.

MERC. ¡Qué prodigio de memoria! ¡Una fecha tan larga!

ACIS. Merceditas, nó emplees la sátira inútilmente contra un viejo. Reservá el ingenio para esos galanes que esta noche al verte tan guapa te asediarán y te colmarán de atenciones. Allí tendrás ocasión de lucir tu gracejo y hasta encontrarás seguramente quien te haga la competencia.

MERC. Perdone usted, don Acisclo, lo dije sin malicia.

GEN. Vamos, que es tardísimo. Hasta después. (A don Acisclo.) Adiós, Fuensanta. Me voy disgustadísima.

MERC. Eres simple, mujer. Te pierdes seguramente la gran noche. Juanito Pajares se hubiera decidido.

FUEN. Me es igual. Que se diviertan ustedes mucho. Mamá, que te abrigues bien á la salida. (Salen por el foro derecha.)

ESCENA VI

FUENSANTA y DON ACISCLO

FUEN. Es inútil, don Acisclo, no se convencen. Y hemos llegado ya á un extremo en que las apariencias no pueden cubrirse dignamente, en que gastamos más de lo que podemos en figurar, y al fin y al cabo el ridículo caerá sobre nosotros ó tal vez algo peor. Me consta que se murmura de nuestro lujo, que hay quien dice por ahí: «¿De dónde salen esos trapos?» «La viudedad de la mamá no da para tanto» Y en vez de engañar á los demás con nuestro bienestar aparente, lo que sucede es que estamos en tela de juicio y los aficionados á «cortar trajes» se ceban despiadadamente en nosotras.

ACIS. No tanto, Fuensanta, no tanto. Yo tampoco

veo con gusto el que por sostenerse en un medio elevado se hagan sacrificios y se sufran íntimamente hasta privaciones. Aquí en provincias, donde todos nos conocemos, no se le engaña á la gente tan fácilmente. Y tú, la resignada, la buena, tienes el acierto de saber hacerte cargo. A tu madre y á Mercedes, con franqueza, les ciega la vanidad, el afán de figurar, de dominar á los demás. Y por ahí no se va sino á la ruina ó al ridículo. ¡Los hombres piensan hoy tan cuerdamente! Muchacho hay por ahí que lleva el alza y baja de las fortunas de los papás de niñas casaderas, mejor que el recaudador de contribuciones.

FUEN. ¡Y con lo cara qué está la vida! ¡Cualquiera se casa! Nuestro porvenir es bien triste; esperar, esperar siempre... y en esta espera resignada y muda vamos lentamente perdiéndolo todo; juventud, belleza, ilusiones... A veces, el amor pasa cerca de nosotras, no lo vemos... y se va y no vuelve.

ACIS. Es una verdad muy cruel y amarga. La mayoría de los casamientos se arreglan hoy ante el notario, y eso del príncipe ruso y del muchacho rico y de buena facha, es ya algo absurdo, que pasó á la historia.

FUEN. Esas niñas de los pueblos son más afortunadas. Vienen á pasar la temporada de feria y los conquistan. ¿Se acuerda usted de Orozco, aquel muchacho tan fino, tan elegante y que tenía tanta conversación? Pues, se casó con una de Puente del Río y el otro día lo ví con ella de tiendas, grueso, embrutecido, hecho un paleto. Por cierto que ni siquiera me saludó.

ACIS. Sí, se les olvida hasta eso. Y á propósito, Fuensanta, tengo que darte una noticia: tenemos en ésta á Ricardo Ardales.

FUEN. (Sorprendida.) ¿Ricardo aquí? ¿De veras?

ACIS. Sí; ha venido destinado á prácticas militares en el establecimiento de Remonta. En el Casino estará ahora seguramente. Has debido ir al baile. Se alegrará verte. Todavía estás á tiempo. Yo te acompaño. Creo que aun le quieres.

FUEN. No, don Acisclo, aquello pasó, pasó para siempre. ¿A que recordar? Se fué, lo destinaron á Madrid, y después ni una carta, ni una postal. La indiferencia primero, el olvido al fin. Lo eterno.

ACIS. ¡Quién sabe si ha vuelto con algún plan! ¡Se quisieron ustedes tanto!

FUEN. ¿Y usted le ha visto, le ha hablado?

ACIS. Precisamente esta mañana. Hemos paseado juntos y charlado mucho. Y créeme, es otro, viene cambiadísimo; no es el muchacho alocado, superficial de antes, piensa muy cuerdamente, y lo que desea es verte y hablarte.

FUEN. Nadie le impide la entrada en esta casa. Le veremos todas con gusto; después de todo es de la familia, nuestro primo.

ESCENA VII

DICHOS, CARRASQUILLA y ADELINA

Son hermanos. Tipos algo ridículos. Ella viste lujosa pero de mal gusto. Edad indescifrable. Viene pintadísima y es muy romántica. Carrasquilla, afeminado, chismoso y entrometido. Viste de frac y peina bisoñé

CAR. (Por el foro derecha.) ¡Fuensanta! ¡Amigo don Acisclo! ¡Los dos solos! Conspiración tenemos.

ACIS. (Saludando.) ¡Carrasquilla... el indispensable Carrasquilla! ¡Adelina, siempre tan guapa! ¡Qué buenos colores! Esta noche de fijo le hace usted soñar á más de cuatro.

ADEL. (Con rubor.) ¡Qué cosas se le ocurren á usted, don Acisclo!

CAR. (Con pedantería.) Venimos de comer en casa de las de Argote. ¡Qué menú! ¡Detestable! ¿Y usted, Fuensanta, continúa tan melancólica y retraída?

FUEN. Si, no tengo ganas de baile. Estoy algo indispuesta.

CAR. Nosotros llegábamos á recoger á ustedes. ¿Se han ido ya su mamá y Mercedes?

FUEN. Hace un momento.

ACIS. (A Adelina.) Adelina, siempre animadísima. No pierde usted un baile.

ADEL. Voy por el concierto, por la música, ¡la divina música! ¡Bach, Beethoven, Grieg! ¡Oh, Grieg! ¡Qué evocador... qué añorante!

CAR. A mí los bailes me encantan ¡Tanta muchacha bonita, tanto pollo elegante! Y luego hay ahora una de novedades interesantísimas. Dicen que Perico Arjona se declara esta noche á la de Roelas. Y las de Molinedo, que ya alternan con la aristocracia, las lleva al baile Elena, la marquesa de Monte Nevado. ¡Qué cosas se ven! Anoche ya estaban con ella en la platea del teatro. Las de Ronda, que eran siempre las invitadas, están ahora que trinan. Es gracioso, graciosísimo.

ADEL. Se visten muy mal esas niñas. ¿Cómo dirán ustedes que se presentaron el viernes último en el té de la de Monte Nevado?

FUEN. ¿Muy cursis?

ADEL. Pues de verde-Nilo con adornos malva. Un mamarracho. En cambio yo tuve un éxito.

FUEN. ¿Cómo ibas?

ACIS. ¿De odalisca?

ADEL. Muy sencilla. De Imperio marrón-lila con adornos blancos y la falda rameada de gris. La Marquesa estaba encantada. Y los muchachos me llamaban el último figurín y la mar de cosas. Con decirte, Fuensanta, que bailé hasta siete rigodones.

FUEN. Y esta noche, ¿cómo vas?

ADEL. (Se quita el abrigo y aparece vestida con un traje llamativo, de mal gusto.) Sin pretensiones. Como voy á recitar al terminar el baile.

FUEN. ¡Ideal! ¡Fantástica!

ACIS. Muy elegante.

FUEN. ¡Elegantísima! ¡Un capricho!

ACIS. ¡Y tanto! Verdaderamente raro.

CAR. Es lo que yo digo: les envidio á ustedes. ¡Se pueden poner tantos adornos! En cambio nosotros, todo sencillez y elegancia. Y eso que ya imitamos á ustedes.

ACIS. En usted no es de extrañar; hace ya mucho tiempo.

FUEN. Se prohiben las alusiones. Nada de indirectas.

CAR. Lo dice por el corsé. Con el frac resulta admirable, se marca la cintura y los faldones caen irreprochablemente. Es una moda que ha seguido ya mucha gente: toreros, actores, cantantes...

ACIS. Sí, hasta los políticos.

CAR. La de Roelas estaba anoche en el teatro guapísima. Lo rosa le favorece. En cambio, ¡qué mal vestida iba Purita López! ¡Qué cara tan mala llevaba!

ADEL. ¡Cómo quieres que esté la pobre! ¡Si Heredia desde que se fué á Madrid no le ha escrito! Y además, ya saben ustedes sus circunstancias: deben en todas las tiendas.

FUEN. Adelina, ¿ya estás con la tijera?

ADEL. Mi desquite. Lo mismo hacen con nosotras. Anoche, en casa de las de Argote, esa bigotuda señora de Rejano, nos puso verdes á Carrasquilla y á mí.

CAR. Bueno, en esa es envidia. La niña, que es una cursilona insoportable, no nos puede ver desde aquel desaire que le hicimos en una buñolada.

ADEL. ¿Y quién le manda ir á donde no la llaman? Te digo, Fuensanta, que esta sociedad se ha puesto inaguantable. El mejor día invitan á cualquier reunión á las de Cogolludo que venden por las mañanas pestiños en la plaza ó nos salen las de Molinedo dando tés á todo pasto.

CAR. Como que á las de Molinedo se les ve subir que es un gusto.

ADEL. Los préstamos, el cordelillo... A don Ruperto, su padre, le llaman irónicamente «Caridad sin límites.»

ACIS. ¡Quién lo había de decir! Conocí á esa familia con un puesto de ropa vieja en el Mercado.

FUEN. Y hoy gastan coche y hasta alternan con la aristocracia.

ADEL. Pues y de la de Gunucio, ¿qué me cuentas? Desde que su marido es político se ha puesto intratable. A la niña le ha dado ahora por hablar francés y está pedantísima.

CAR. ¡Qué empacho de niña! Con razón le dicen el «séptimo merengue.»

FUEN. ¿Y qué vas á recitar, Adelina, esta noche? ¿Grilo, Campoamor, Bécquer?

ADEL. No, unos madrigales de Almendro Florido, un poeta local, muy joven. Os diré uno de ellos. Se titula *A mi amada*. Es delicadísimo. (Recitando.)

Trinan los ruiseñores
en la enramada.
Se abren las flores
junto á mi amada,
y yo dichoso sueño,
venturas, mieles...

ESCENA VIII

DICHOS y RICARDO

Entra por el foro derecha y se detiene un momento al oir recitar á Adelina. Antes de que termine la estrofa exclama:

RIC. ¡Bravo! ¡Magnífico! Llego en plena sesión poética.

FUEN. (Muy turbada, sale á su encuentro.) ¡Ricardo!

RIC. ¡Fuensanta! (Pequeña pausa.) Continúe, Adelina, continúe. Estaba usted inspiradísima.

CAR. No, es ya tarde. Nos vamos. No me gusta entrar en el salón ya empezado el baile. Todos se fijan, y luego son críticas, murmuraciones...

ADEL. Sí, vamos. ¿Usted se queda don Acisclo? (Se despiden.)

ACIS. No, les acompaño. ¿Irás luego, Ricardo?

RIC. Soy con ustedes en seguida. Nos veremos en el baile.

ACIS. (Adiós, Fuensanta. Mi enhorabuena anticipada.)

FUEN. (De nada, don Acisclo. No hay motivo todavía).

ACIS. Pero lo habrá, ya lo creo que lo habrá. (Salen todos los personajes y el último Carrasquilla que dice al hacer mutis por el foro derecha.)

CAR. Se quedan solos. ¡Quién fuera ella... digo él! Me faltará tiempo para ir á decirlo en la reunión de la de Monte Nevado.

ESCENA IX

RICARDO y FUENSANTA

FUEN. ¿Te quedas? ¿No sales con ellos?

RIC. No, prefiero hablar contigo, estar aquí un rato. Después iré al baile. ¿Para qué? No está ella.

FUEN. Como quieras. Te aburrirás. No tengo nada que decirte.

RIC. (Sentándose.) Yo en cambio á ti mucho. Hablaré solo.

FUEN. Como gustes, primo. (Pequeña pausa.) La verdad es que viniendo de Madrid después de una ausencia de más de un año, ¡sí que tendrás que contar cosas! ¡Con lo que de ti han dicho!

RIC. ¡Un año bien triste! Aventuras, triunfos, todo eso, apenas si me ha conmovido un sólo instante. Confieso que he vivido un poco deprisa, alocado, sin darme cuenta. Pero en mis horas de calma, á veces después de un banquete ó en un baile aristocrático entre mujeres bellas, un recuerdo cruel me atormentaba siempre.

FUEN. (Con interés.) ¿Un recuerdo?

RIC. Sí, el tuyo. Pensaba en tí, en tu cariño de antes, en el nuestro. Recordaba nuestras relaciones antiguas, muy largas; las noches de la reja, aquella tarde alegre de la jira en plena sierra en que me declaré á tí. ¡Estabas tan bonita con tu falda corta y tu lazo azul en el pelo rubio! Y tú accediste, ¿te acuerdas?, y me decías poniéndote muy colorada y abanicándote nerviosa: «Por Dios, Ricardo, que no se entere mamá.» ¿Te acuerdas?

FUEN. ¿A qué recordar? Aquello pasó, pasó para siempre.

RIC. No, ha vuelto nuevamente, ahora más firme, más duradero, decidido á todo. (Con entusiasmo.) Fuensanta, te quiero como antes, más que antes...

FUEN. Ricardo, por compasión, que estamos solos. Es ya muy tarde. Mañana hablaremos. Vete.

RIC. No, no me voy hasta que me digas que tú también me quieres, que olvidas mi indiferencia de un año, que eres mi Fuensanta de siempre.

FUEN. Estoy emocionada. Vete. Te lo suplico.

RIC. (Con disgusto.) Me lo figuraba. ¿Esperas á alguien? Por eso no has ido al baile. Y dentro de poco quizás estés ahí, en la ventana, charlando con otro, con tu nuevo novio.

FUEN. (Con tristeza.) No, Ricardo, no. No tengo novio. ¡Si tú supieras!

RIC. (Interesado.) ¿Qué?

FUEN. Mis penas, mis sufrimientos. Luchando siempre con la vanidad insaciable de mamá y Mercedes. No se convencen. Les domina el afán de figurar... nuestra posición... estamos en ridículo. Y yo que veo estas cosas, lo falso de nuestra vida, callo y sufro resignada. No tengo gusto para bailes ni reuniones. Estoy insensible á todo.

RIC. ¿A todo? ¿Ni aun siquiera recuerdas como un consuelo, tu vida de antes, cuando éramos novios, cuando reíamos felices y nos queríamos tanto?

FUEN. A veces para amargarme más, para sufrir con el recuerdo. ¡Estabas tan lejos!... ¡Quién sabe si volverías ya!; y si lo hacías, ¿no sería del brazo de otra? ¡Se contaban de tí tantas cosas! Tu vida en Madrid era toda una leyenda fantástica.

RIC. Una leyenda falsa. Me lo figuro. Te hablarían de una cupletista famosa, ¿verdad? De mis relaciones con ella, de *juergas* y escándalos. Y no hubo más que unos amores por capricho, por algo de vanidad, que pasaron pronto, frívolamente, sin dejar rastro alguno.

FUEN. Quiero creerte. Pero la historia que se contaba era otra. En ella tú hacías un papel bien triste, de hombre resignado, ciego, por los caprichos de la cupletista famosa. Te había sorbido el seso y sin darte cuenta hacías el ridículo que era un gusto. Eso se contaba. Tu fama de Tenorio provinciano, de muchacho de moda aquí, en Madrid quedaba eclipsada por completo.

RIC. Intrigas, ruindades de cuatro envidiosos de esta que me vieron en Madrid alternando entre gentes y en sitios donde á ellos les estaba prohibida la entrada. Y aunque fuera verdad, hoy estoy curado, vuelvo á mi redención, á tu cariño.

FUEN. ¡Ricardo!

RIC. ¡Fuensanta! (Se estrechan las manos.) Hasta mañana, ¿eh?

FUEN. Como quieras. Hasta mañana.

(Al separarse se oye hablar dentro y aparecen por el foro derecha doña Genoveva seguida de Mercedes y don Acisclo. Doña Genoveva entra sofocadísima, indignada y se deja caer en una butaca.)

ESCENA X

DICHOS, DOÑA GENOVEVA, DON ACISCLO y MERCEDES

ACIS. Cálmese, doña Genoveva, cálmese. La cosa no tendrá importancia.

GEN. (Viendo á Ricardo.) ¿Tú aquí? ¡Esto más! ¡Los dos solos! ¡Qué afrenta!

RIC. Espere, tía, yo le explicaré.

MERC. (Burlona.) Con razón no quería ir al baile. Es natural, esperaba visita...

FUEN. Pero, ¿qué pasa? ¿Por qué vienen ustedes así, tan pronto, tan sofocadas? ¿Qué es ello, don Acisclo?

ACIS. No sé. Entraba en el Casino cuando salían su mamá y Mercedes. Me dijeron que las acompañese y aquí estamos.

FUEN. Cuenta, mamá.

MERC. (Disimulando.) No, no ha sido nada. Nos aburríamos. No había casi nadie conocido en el salón, y además mamá se sintió algo indispuesta.

GEN. Ha sido una infamia, toda una infamia. ¡Qué sociedad y qué gentuza!

FUEN. Pero, ¿qué ha pasado?

GEN. Acabamos de entrar en el salón. Anunciaban un vals. Nos acercamos al grupo de la de Monte Nevado. Rubiales en seguida vino á saludarnos é invitó al vals á Mercedes. No sé por qué cuando entramos empezaron á murmurar en todos los grupos.

FUEN. ¿De ustedes?...

MERC. Creo que sí. Cuando paseaba del brazo de Rubiales oí decir á los muchachos cosas que no me gustaron.

FUEN. ¿Qué decían?

MERC. Chistes, frases de doble intención... ¡qué sé yo! Rubiales no les daba importancia.

RIC. ¿Y después?

GEN. Después lo oí claro. En las sillas de detrás de nosotras había un grupo de muchachos que coqueteaban con las de Ronda y las de Roelas. Y allí lo dijeron: «¿Se entienden ya Rubiales y Merceditas Vargas?»—dijo la de Roelas.—¡Y tanto!—replicó otro muchacho. —Don Abundio, su casero se alegrará, le deben cuatro meses de alquiler.—¿Pero se casan?—preguntó Perico Arjona.—¡Ca! —dijeron entre risas.—Les pondrá Rubiales un piso, y á vivir felices.—No oí más. Fué lo bastante. Sin duda no me habían visto. Me levanté indignada y les dije no sé qué cosas. Acudió mucha gente, se suspendió el vals que bailaban y Mercedes y yo nos salimos del salón sin despedirnos de nadie. No hubo ni uno solo de los que allí estaban que saliera en nuestra defensa.

FUEN. Se lo decía, don Acisclo, estábamos en ridículo, en tela de juicio. ¡Qué vergüenza! (Llora.)

MERC. ¡Qué hipócrita! Y mientras tanto tú aquí sola, en pleno idilio con Ricardo. Eso sí que es vergüenza.

GEN. Es verdad. Márchate Ricardo, ahora mismo. Y en adelante yo os arreglaré á las dos. No sé á quien habéis salido tan locas.

ACIS. Señora; está usted insultando á sus hijas que no tienen culpa de nada.

GEN. ¿Usted las defiende?

RIC. Las defendemos los dos. Y no salgo de esta casa sin decirle que Fuensanta y yo nos queremos, y que con su consentimiento nos casaremos pronto. Seré capitán el mes que viene y creo que haré feliz á Fuensanta y que yo lo seré también. En la ausencia, nuestro antiguo afecto ha arraigado más hondo y más profundo. Nos une, pues, un cariño desinteresado, leal, de toda la vida.

ACIS. Bien, Ricardo, muy bien.

RIC. Hemos estado solos, verdad, esta noche; pero un momento, el suficiente para conocernos mejor, para saber que donde hubo pasión, amor, no podía existir el tedio, la indiferencia y menos aún el olvido.

FUEN. Sí, Ricardo, sí. Yo confiaba, esperaba siempre. Había algo en mí que me decía muy íntimo: espera, espera. Y ya ves, ¡has llegado!

GEN. Bien, hijos, lo que queráis, Creo que hacéis una tontería. Pero allá ustedes.

ESCENA XI

DICHOS y CARRASQUILLA (muy deprisa por el foro derecha.)

CAR. Acabo de enterarme y vengo indignado, verdaderamente indignado. Les he dicho á los muchachos lo que se merecen.

RIC. ¿Y deseaba usted conocer más detalles?

CAR. No; suponía el estado de doña Genoveva y de Mercedes y venía á ponerme á sus órdenes, á ofrecerle mis respetos. (Al ver á todos contentos.) Pero... sin duda me he equivocado. Los veo á todos tranquilos, hasta risueños. ¿Qué pasa?

ACIS. Pues qne hay una boda en perspectiva, amigo Carrasquilla. Se nos casan Fuensanta y Ricardo.

FUEN. Y quedan, desde luego Adelina y usted, invitados á la ceremonia.

CAR. Mi enhorabuena más cordial. Y ustedes me dispensarán, me vuelvo al baile. Me espera Adelina intranquila. (Se despide. Al hacer mutis) (Esta noche estoy afortunadísimo. Iré á escape á dar la noticia en el corro de la de Monte Nevado.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS menos CARRASQUILLA

ACIS. Después de todo, la noche del baile ha sido para Fuensanta, que dicho en confianza, sin salir de casa ha *pescado* un novio.

RIC. Es verdad.

MERC. — Sí, pero no todos los días llega un primo decidido á casarse.

RIC. — Es un caso raro, pero sucede... ¿Verdad, Fuensanta?

FUEN. — Por lo menos este...

GEN. — ¿Y ese Rubiales? ¿Y los muchachos del Casino? Eso no puede quedar así.

RIC. — Yo lo arreglaré. Les darán á ustedes explicaciones en público que les satisfagan.

ACIS. — No merece la pena. De lo que se murmura en sociedad, no hay que hacer caso. Es un entretenimiento, un *sport* agradable el de manejar la tijera.

FUEN. — Y que á todos nos gusta.

ACIS. — Y ahora, Merceditas, aprende de tu hermana. Hay que casarse. Ya sabes el sistema, no salir. En noche de fiesta quedarse en casa.

GEN. — No, Mercedes tiene que salir, que alternar. Me consta que no hay ya más primos en la familia.

MERC. — No me hago ilusiones. Me quedaré soltera. Pero tengo un consuelo, ¡somos tantas!

RIC. — Sí, es una verdad bien triste. Son ustedes muchas las olvidadas, las que esperan un día y otro inútilmente; unas con fe, confiando siempre; otras en desesperación, apelando á toda clase de recursos para cazar el eterno novio, apuesto, garrido y hasta con millones. Todas merecen compasión. ¡Las que esperan! Son ustedes tantas, que muchas veces los hombres pasamos indiferentes, distraídos, sin darnos cuenta de que tal vez entre alguna de esas resignadas está el amor, la felicidad que en nuestra vida de ajetreo y de lucha ansiamos tanto. Y, por eso, Mercedes, se debe esperar, esperar siempre. Ya lo ha dicho don Acisclo: el amor llega, no hay que buscarlo.

(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE JIMÉNEZ LORA

PUBLICADAS

Del ambiente provinciano, cuentos y prosas, prólogo de Julio Pellicer................ 2 pesetas.

El jardín del Alcázar, novela, prólogo de Francisco Villaespesa.................. 2 íd.

Las que esperan, comedia en un acto...... 1 íd.

EN PREPARACION

El encanto de sus ojos, novela.

Las mujeres que pasan, crónicas.

Las primas, comedia en dos actos. (premió en lo… Juegos Flo… de Córdoba…

En cuarto menguante, comedia en un acto.

Precio: UNA peseta